

UN BARCO SE DETIENE EN LA GUAIRA

Durante el siglo XX Venezuela fue un país de acogida; desterrados y transterrados, exiliados y refugiados, emigrantes por los más diversos motivos, cruzaron sus fronteras de agua y tierra para asentar de nuevo sus vidas. Con ello los venezolanos hemos ganado la fama de conformar una sociedad abierta y de generosa bienvenida, y probablemente la fama sea justa, aunque bien pudiera decirse que un cierto prejuicio a la extranjería es residual en toda sociedad. En todo caso, los que aquí llegaron de muy lejos o más cerca suelen insistir en el agradecimiento que conservan, o conservaron sus padres, por su patria de adopción. Siempre que lo escucho trato de rectificar: agradecida Venezuela a los hombres y mujeres que sumaron trabajo y conocimiento a su historia. Muchos de los que vinieron fueron protagonistas en esa tarea, siempre inacabada, de construcción social, pero también es necesario reconocer que quienes los recibieron supieron valorar su talento y su esfuerzo, y atesorarlo en beneficio de la colectividad. Gracias a ello Venezuela, como en general América, de norte a sur, ha podido salvarse de los nacionalismos y fanatismos religiosos que han sembrado gran parte de la destrucción de la humanidad. Sólo un espíritu obcecado y torpe pudiera ver a los otros como enemigos.

Nuestra biografiada, Lya Imber de Coronil, forma parte de ese contingente de venezolanos que nacieron en otras geografías. Tenía unos dieciocho años cuando, procedente de Besarabia, llegó a La Guaira en 1930, acompañada de su madre, Ana Baruj, y de su hermana Sofía —que no requiere presentación—, a reunirse con su padre, Nahum Imber, que había venido poco antes. Como dice Marianne Kohn Beker, en su prólogo a *Noticia de una diáspora* (2002), en cuanto a la emigración de judíos ashkenazíes a Venezuela entre los años veinte y treinta del siglo XX, “el material escrito es escaso y disperso”, y nos enfrenta con la tarea de “desenredar la enmarañada madeja del pasado”.

En esa “enmarañada madeja” he encontrado algunos hilos conductores que me han permitido narrar, aun cuando sea aproximadamente, el recorrido de la vida de Lya, no sólo desde sus comienzos en Europa oriental, sino aquí mismo, en Caracas, ya que las referencias escritas, por su misma escasez y dispersión, requerían complementarse con el relato oral de quienes la conocieron. En el mismo momento de solicitar entrevistas a las personas que estuvieron relacionadas con ella comienza su biografía. La afectuosa acogida con que me abrieron sus casas, sus memorias y sus fotografías, era ya un índice de la presencia querida y admirada de Lya en sus vidas. Con esta nutrida lista de agradecimientos casi pudiera decirse que se trata de un libro colectivo, y lo celebro, ya que mi intención al escribirlo ha sido no solamente honrar el nombre de una gran venezolana, sino contribuir al tejido de la memoria social, tanto de los notables como de los anónimos, verdaderos protagonistas de la construcción del país.